

A. GIDDENS.

«ACCIÓN, ESTRUCTURA Y PODER»

En PROFILES AND CRITICS IN SOCIAL THEORY - UCP,
LOS ANGELES, 1982. [trad. de la cátedra].

GIDDENS, A. PROFILES AND CRITIQUES IN SOCIAL THEORY

CAP. III: ACCION, ESTRUCTURA Y PODER

Aproximaciones a la teoría de la acción

Creo bastante obvio que un importante dualismo recorre la literatura, tanto de la filosofía como de la sociología, en lo que respecta a los problemas de la acción humana. Existe, por cierto, una gran cantidad de literatura filosófica dedicada a la explicación o al análisis de la acción, gran parte de ella influida por los escritos del último Wittgenstein. Los filósofos de la acción prestaron mucha atención al concepto de acción en sí, y a las intenciones, razones y motivos. Pero ellos han prestado muy poca atención a las consecuencias no intencionadas de la acción, al modo en que tales consecuencias son de interés para la teoría social. Así en una discusión bien conocida, Donald Davidson analizó la siguiente cuestión: muevo una llave, enciendo la luz, se ilumina el cuarto, y al mismo tiempo alerta a un merodeador. El interés de Davidson, como en el caso de otros filósofos que han discutido ejemplos como éste y muchos otros similares, está dirigido a la cuestión de la acción-descripción: ¿hago cuatro cosas, o sólo una cosa que puede describirse de cuatro modos distintos? Sin negar el interés ni la significación de los problemas de la acción-descripción, puede señalarse que la discusión de Davidson es característica de la gran mayoría de los análisis filosóficos de la acción, los cuales limitan su interés a lo que podría llamarse «la producción de la acción» por parte de los actores. Estos tampoco estuvieron interesados en las consecuencias de los actos que escapan a las intenciones o propósitos de los actores, ni en lo que yo llamaré las condiciones no reconocidas de la acción. En parte debido a estas razones, los puntos que han persistido siem-

pre, y con razón, en los trabajos de los analistas sociales -problemas acerca de la naturaleza de las instituciones, el cambio social, el conflicto y el poder- apenas aparecen en la totalidad de los escritos de los filósofos de la acción.

Se encuentra gran parte de lo mismo en aquellas escuelas de pensamiento dentro de las ciencias sociales que han dado preeminencia a la acción humana en algún sentido similar al empleado por la mayoría de los filósofos de la acción. Un caso puntual es el interaccionismo simbólico, como fue delineado, por ejemplo, por Erving Goffman. Goffman -en contraste con muchos otros sociólogos- trata a los seres humanos como agentes que razonan, que tienen intenciones, conscientes de y capaces dentro del medio social que ayudan a constituir a través de su acción. Aunque todavía es una observación banal, me parece adecuado decir que la sociología de Goffman carece de un tratamiento sustancioso de los fenómenos mencionados antes, especialmente de los procesos generales de transformación institucional. El interaccionismo simbólico, en las manos de Blumer, Goffman y otros, no ha desarrollado modos exitosos de análisis institucional.

Fuerza en la acción, debilidad en las instituciones: este teorema se revierte cuando vemos el otro lado del dualismo que tendió a prevalecer en las ciencias sociales y en la filosofía. Esas tradiciones de pensamiento que han ubicado en primer lugar las condiciones no reconocidas y las consecuencias no intencionadas de la acción, y que han enfatizado los problemas de la organización y el cambio institucional, tienen grandes falencias para desarrollar teorías de la acción de forma acabada. Han enfatizado la primacía del objeto sobre el

sujeto, de la estructura social o el sistema social sobre el actor social intencional, capaz. Argumentaré que tal es el caso de la mayoría de los escritos asociados tanto con el estructuralismo en Francia, como con las variadas formas del pensamiento funcionalista que han tenido gran influencia sobre las ciencias sociales en el mundo de habla inglesa. La última afirmación podría parecer a primera vista difícil de defender, a la luz de que tal vez el pensador funcionalista más importante en sociología en los últimos tiempos, Talcott Parsons, formuló expresamente sus ideas en términos de lo que él llama «el marco de referencia de la acción». Sostendré que, de todos modos, la sociología de Parsons carece de un concepto de acción -en el sentido en que quiero usar el término aquí. Quiero argumentar que una concepción de la acción en ciencias sociales, tiene que ubicar en el centro el hecho cotidiano de que los actores sociales son conocedores de las condiciones de la reproducción social con la que día a día se entretienen sus actividades. Las razones que la gente tiene para sus acciones -o como lo prefiero llamar «la racionalización de la acción», en tanto se involucra con el monitoreo reflexivo crónico de la conducta que los actores sociales rutinariamente llevan a cabo- están crucialmente implicadas en el modo en que esas acciones se sostienen. En La estructura de la acción social, Parsons intentó integrar lo que él llamó un punto de vista «voluntarista» de la conducta humana con una resolución del «problema del orden» en la sociedad. Aunque pretendió haber sintetizado las ideas de distintos pensadores prominentes del siglo diecinueve, concluyó en un lineamiento básico de su concepción que es, en mi opinión, fuertemente Durkheimiano. Parsons conectó «voluntarismo» con un reconocimiento de las «propiedades de emergentes» de las colectividades, vía la noción de la internalización de valores: los

valores sociales centrales son simultáneamente el origen de los componentes motivacionales de la personalidad y el origen de la cohesión social. A lo que el voluntarismo llega aquí, es a enfatizar la incorporación de los relatos de la motivación dentro de un esquema de análisis de los sistemas sociales -un énfasis puesto en el hecho de que el estudio psicológico del sistema de la personalidad debe complementar, vía valores normativos, el estudio de los sistemas sociales. El comportamiento de los actores sociales es considerado como el resultado de la conjunción de determinantes psicológicos y sociales, atribuyendo prioridad a los últimos en razón del rol preponderante que juegan los elementos normativos. El actor no aparece aquí como un agente capaz, conocedor: los actores de Parsons son, en palabras de Garfinkel, «dopados culturales».

¿Cómo, entonces, tenemos que conceptualizar la cognoscibilidad de los agentes sociales? ¿Cómo tenemos que incorporar nuestra propia cognoscibilidad de esta cognoscibilidad dentro de un tratamiento amplio de la acción en la teoría social? Propongo responder a estas preguntas -aunque sólo de modo relativamente superficial dado el contexto del presente ensayo- en términos de la figura 3.1.

hacer cargo del carácter intencional de la acción por sí misma

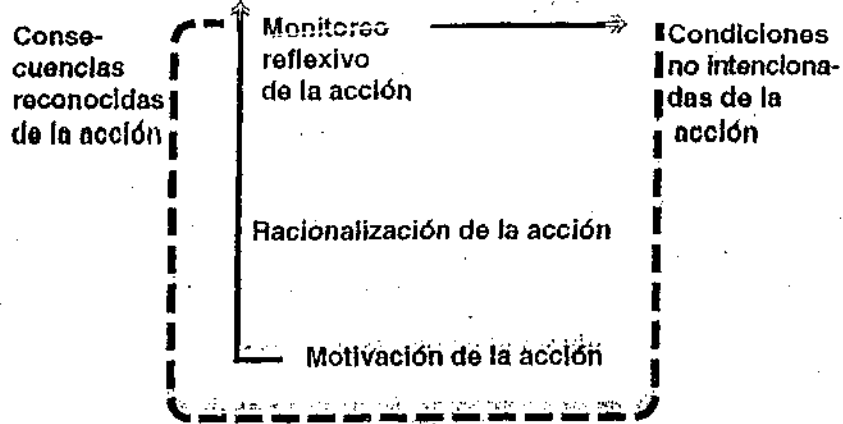


FIG. 3.1

En la figura 3.1, trazo lo que llamo un «modelo de estratificación» de la acción. Advierto que las implicaciones de este modelo no pueden

ser completamente elaboradas sin tener en cuenta mi siguiente discusión sobre el concepto de «estructura» en sociología. Usando frases como «monitoreo reflexivo de la acción» y «racionalización de la acción», quiero referirme al carácter intencional del comportamiento humano de todos los días. Pero quiero referirme al comportamiento intencional como proceso, como involucrado en la *durée* de la vida diaria. Demasiado frecuentemente los filósofos tratan a las «intenciones» y a las «razones» como formas inconexas, que son unidas de algún modo con la acción. Ignoran, o dan por sentado, lo que Schütz llama «el momento reflexivo de atención» que irrumpe en el flujo continuo de la acción. A diferencia de muchos filósofos de la acción, que con frecuencia usan «motivo» y «razón» intercambiabilmente, distingo a ambos, considerando a la motivación como referida a las necesidades que impulsan la acción, y tratando también a la «motivación» como un término procesal. No limito la «motivación» a causas accesibles a la conciencia, por el contrario, deseo asignar un considerable espacio conceptual a los impulsos inconscientes -otra vez, creo, a diferencia de la mayoría de los filósofos de la acción, que o simplemente han dejado a un lado lo inconsciente o, siguiendo a Wittgenstein, han sospechado el status lógico de los conceptos relacionados con los procesos inconscientes.

Para conceptualizar la cognoscibilidad de los actores sociales, no basta con distinguir meramente entre consciente e inconsciente. Es importante diferenciar los dos sentidos o niveles en los que los agentes son capaces de conocer el medio social que constituyen en y a través de su acción -la conciencia práctica y la discursiva. Pongo interés en lo que Garfinkel denomina «la capacidad de dar cuenta» de la conducta humana como característica distintiva de la acción, en comparación con la conducta de los animales. Creo que la noción de «capacidad de dar cuenta» es muy importante, esto significa que los relatos que los actores son capaces de ofrecer de su conducta recurren a los mismos stocks de conocimiento que son requeridos en la misma producción y reproducción de su acción. El «dar cuenta» -

o «suministrar razones»- para la acción que hace referencia a las capacidades discursivas y a las inclinaciones de los actores, de ningún modo agota las conexiones entre «stocks de conocimiento» y acción. Lo que los actores son «capaces de decir» sobre sus actividades no es en modo alguno todo lo que «saben» sobre ellas. La conciencia práctica alude al conocimiento tácito que es empleado hábilmente en la ejecución de cursos de conducta, pero que el actor no es capaz de formular discursivamente. La cognoscibilidad involucrada en la conciencia práctica se conforma de modo general a la noción de Wittgenstein de «conocimiento de una regla» o «conocimiento de cómo continuar». Saber inglés es conocer un conjunto enormemente complicado de reglas o principios, y los contextos para su aplicación. Saber inglés no es ser capaz de formular discursivamente esas reglas o principios: los lingüistas han dedicado mucho esfuerzo a formular lo que nosotros ya «sabemos».

La cognoscibilidad de los agentes humanos, en circunstancias históricas dadas, está siempre enmarcada por las condiciones no reconocidas de la acción por un lado, por las consecuencias no intencionadas por el otro. Esto es, como lo he indicado previamente, crucial para la teoría social. Si los escritores que han producido teorías «objetivistas» de la vida social, especialmente los funcionalistas, han sido incapaces de desarrollar tratamientos adecuados de la cognoscibilidad de los actores sociales, han enfatizado correctamente sin embargo, cómo escapa la actividad de las intenciones de los actores. La historia no es un proyecto intencional, y toda actividad intencional toma lugar en el contexto de instituciones sedimentadas durante largos periodos de tiempo. Las consecuencias no intencionadas de la acción son de importancia esencial para la teoría social, especialmente en cuanto son incorporadas sistemáticamente dentro de los procesos de la reproducción de las instituciones. Es por esto que he trazado una línea discontinua que une cada lado de la figura 3.1.: en tanto las consecuencias no intencionadas están sistemáticamente involucradas en la reproducción social, se

los
copi
debe
NO of
Olig

SCA

transforman, además, en condiciones de la acción. Al reconocer la importancia de esto, de todos modos, deseo evitar las connotaciones teleológicas del funcionalismo, que sustituye las razones de los actores por las «razones de la sociedad». En la terminología que sugeriré luego, las sociedades no tienen «razones» o «necesidades» de ninguna clase; sólo los actores, cuyas actividades constituyen y reconstituyen las sociedades, las tienen. Trataré de demostrar que desnudar la teleología del funcionalismo no implica abandonar el énfasis distintivo en las instituciones propio de esta tradición de pensamiento en favor de alguna clase de «subjetivismo».

Conceptos de estructura

En la sociología contemporánea, el término «estructura» aparece de modo característico en cada una de las tradiciones de pensamiento social «objetivista» que antes he mencionado -el estructuralismo, que ha tomado su nombre del término, y el funcionalismo (que en sus versiones modernas frecuentemente es referido, de un modo bastante embarazoso, como «estructural-funcionalismo»). El pensamiento estructuralista permanece bastante ajeno aún, a la mayoría de los sociólogos y filósofos de habla inglesa, diría que al igual que los escritos de autores post-estructuralistas tales como Foucault, Barthes, Derrida y otros. Aunque pienso que el estructuralismo tiene que ser criticado radicalmente de un modo definido, quiero argumentar, en lo que sigue, que ciertas ideas prominentes en la tradición estructuralista, que tienen que ver con la noción misma de estructura, tienen una importancia considerable para la teoría social.

Una característica curiosa de la literatura funcionalista es la gran cantidad de tinta gastada en el concepto de «función», comparada con la virtualmente completa escasez de discusión de la noción de «estructura», que, no obstante, es una noción continuamente usada por los autores funcionalistas. En consecuencia, la idea de estructura figura en la sociología anglo-americana de un modo típico como una idea recibida, usada sin ser examinada. La mayoría de los sociólogos de habla inglesa,

cuando usan los términos «estructura» o «estructura social», tienen en mente alguna clase de connotación de estructura como «patrón visible» de las relaciones sociales, como algo parecido a las vigas de un edificio o a la anatomía de un cuerpo. En este tipo de pensamiento, la estructura tiende a ser concebida como equivalente a construcción -una noción de la que tal vez Durkheim haya dado la formulación clásica, pero que constantemente surge en los siguientes escritos de los sociólogos.

El concepto de estructura que aparece en los escritos estructuralistas es bastante diferente de éste -y, por supuesto, en oposición a la suerte de la noción en la sociología de habla inglesa, ha sido ampliamente debatido. Para identificar la diferencia, quizá es mejor acudir al principal origen del pensamiento estructuralista, la lingüística de Saussure; sin embargo algo que confunde es que Saussure no empleó el término «estructura», sino «sistema», un asunto sobre el que volveré brevemente. El pensamiento de Saussure llega a una relación entre «momento» y «totalidad» bastante distinta de la aparecida en los escritos funcionalistas, una relación dialéctica entre presencia y ausencia. La relación entre una oración o una emisión y el lenguaje no es como la que existe entre un órgano del cuerpo y la totalidad que es el organismo. Cuando enuncio una oración, o doy sentido a una oración enunciada por alguien, recorro a un «corpus ausente» de reglas sintácticas y semánticas. Las relaciones sintagmáticas entre las palabras enunciadas existen en un contexto espacio-temporal, pero las «propiedades estructurales» del lenguaje, como características de una comunidad de hablantes de un lenguaje, no. Estas propiedades sólo tienen una «existencia virtual».

Quiero sugerir un concepto de estructura para la teoría social que tiene afinidades con esto. No propongo abandonar la noción que es útil para concebir las relaciones sociales entre individuos y colectividades formando algo como patrones -en cuanto son establemente reproducidas en el tiempo y el espacio. Pero deseo argumentar que esto puede ser cubier-

to por la noción de «sistema» más acabadamente, liberando la de «estructura» para otras tareas conceptuales. Ya he mencionado que Saussure usó el término «sistema» en vez del de «estructura». En la literatura estructuralista siguiente, cuando aparece el término «sistema», es usado característicamente más o menos como sinónimo de «estructura» -o, como en Lévy-Strauss, como un elemento entre otros en la definición de elementos de la «estructura». El concepto de sistema aquí es en gran medida redundante.

Pero lo mismo es cierto de los escritos funcionalistas. Si uno mira los escritos de los autores funcionalistas más importantes, es fácilmente visible que o tienden a optar principalmente por un término a expensas del otro, o a usarlos intercambiamente. Ahora bien, esto puede inicialmente parecer extraño, porque a primera vista parecería que hay un fundamento para mantener una distinción entre estructura/sistema en el funcionalismo. Por el empleo de la analogía orgánica, que raramente está lejos de la superficie en la mayoría de las formas del funcionalismo, podría suponerse que la estructura de la sociedad es como la anatomía de un organismo; cuando la estructura está trabajando, tenemos un sistema. Un sistema es aquí, como si fuese, una «estructura funcionando»; estructura + función = sistema. Si se examina más cuidadosamente esta ecuación es evidente, sin embargo, que la analogía no se sostiene para la sociedad. En un sentido la estructura de un cuerpo puede existir independientemente de su «funcionamiento». La anatomía de un cuerpo puede ser estudiada, puede describirse su morfología, incluso aunque haya dejado de funcionar, aunque haya dejado de vivir. Pero no es así en el caso de la sociedad, de la «constitución de patrones» de interacción social reproducida a través del tiempo y el espacio: una sociedad deja de existir si deja de «funcionar». Es por eso que aún aquellos autores funcionalistas que reconocen algún tipo de distinción entre estructura y sistema tienden en la práctica a colapsar los dos en uno.

Propongo reservar el término «sistema social» para hacer referencia a los patrones

reproducidos de relaciones sociales. Mucho puede decirse sobre la noción de sistema en sociología. No creo, por ejemplo, que podamos conformarnos con la idea de sistema que usualmente aparece en el pensamiento funcionalista, la cual, de modo frecuente, simplemente es igualada a homeostasis. Pero no intentaré discutir tales puntos aquí, me limitaré al concepto de estructura. La Figura 3.2 identifica las tres nociones básicas con las que quiero trabajar.

ESTRUCTURA

Reglas y recursos organizados recursivamente. La estructura sólo existe como «propiedades estructurales» que son inherentes.

SISTEMA

phones

Relaciones reproducidas entre actores o colectividades, organizadas como prácticas sociales regulares. In a/c a la estructura como un sistema contingente.

ESTRUCTURACION

Condiciones que gobiernan la continuidad o transformación de estructuras y por lo tanto la reproducción de sistemas.

FIGURA 3.2

Los sistemas sociales, en este esquema, son considerados como relaciones de interdependencia, involucrando las actividades situadas de los sujetos humanos, y existiendo «sintagmáticamente» en el flujo del tiempo. De acuerdo con el punto que deseo desarrollar (bosquejado de una manera relativamente descuidada aquí), los sistemas sociales no son estructuras; ellos tienen estructuras o, más precisamente, exhiben propiedades estructurales. Las estructuras son, en un sentido lógico, propiedades de los sistemas sociales o de las colectividades, no de las

actividades situadas de los sujetos. Los sistemas sociales sólo existen en y a través de la estructuración, como el resultado de actos contingentes de una multiplicidad de seres humanos.

La connotación de «estructura» que estoy sugiriendo aquí está mucho más próxima a la empleada por Lévy-Strauss que a la figura en las sociologías funcionalistas. En cierto sentido, la aproximación de Lévi-Strauss es ambigua, en cuanto no está claro si considera a la estructura como relaciones entre un conjunto de elementos inferidos u oposiciones, o como reglas de transformación que a través de los conjuntos producen equivalencias. Parece que una ambigüedad similar aparece en las nociones matemáticas de estructura, donde la estructura usualmente es pensada como una matriz de transformaciones admisibles de un conjunto: la «estructura» podría ser vista, o bien como la matriz o bien como los principios o reglas de transformación. De cualquier modo que fuese, trataré a las estructuras, en teoría social, como refiriéndose a las reglas (y, como elaboré luego, los recursos) que, en la reproducción social, «ligan» tiempo y espacio, más que a la forma de los conjuntos como tal. Por eso «estructura», como lo entiendo aquí, es un término genérico: las «estructuras» pueden entenderse como propiedades de los conjuntos o matrices de reglas-recursos que gobiernan las transformaciones.

Una limitación esencial del uso que Lévy-Strauss hace de «estructura» (creo que hay otros) es que no tiene la noción de estructuración, y si tiene alguna es bastante inadecuada. Lévy-Strauss trata los procesos de estructuración como formas combinatorias producidas por un agente externo (lo inconsciente en el sentido que él da a este concepto). Sin embargo, una teoría de la estructuración que está interesada en todos los tipos de procesos sociales, incluyendo lo inconsciente, debe ubicar en un rol central a la conciencia discursiva y práctica -en el contexto de las consecuencias no intencionadas- en la reproducción de las prácticas sociales. El «análisis estructural» en las ciencias sociales, en el sentido que le he dado involucra entonces que

se examine la estructuración de los sistemas sociales: un sistema social es una «totalidad estructurada», «consistiendo» en las prácticas reproducidas. Las propiedades estructurales existen en el tiempo y en el espacio sólo como momentos de la constitución de los sistemas sociales. No obstante, podemos analizar cómo las estructuras están «profundamente enraizadas» en términos de la duración histórica de las prácticas que ellas recursivamente organizan, y del «alcance» espacial de esas prácticas: las prácticas más profundamente enraizadas en este sentido son *instituciones*. Para dar un ejemplo: algunas de las relaciones estructurales claves ejemplificadas en el sistema económico capitalista pueden ser representadas como el siguiente conjunto de transformaciones:

propiedad privada: dinero: capital: contrato laboral: ganancia

El movimiento de izquierda a derecha representa una serie de transformaciones cruciales para la producción y reproducción de una economía capitalista. El dinero, el medio de «valor de intercambio puro», permite la convertibilidad de los derechos de propiedad en capital. La universalización del dinero como capital se torna condición de la co-modificación de la fuerza de trabajo, y, desde ahí, de la naturaleza del contrato laboral en la producción capitalista. La existencia de propiedad/dinero como capital permite a su vez la convertibilidad del capital en ganancia, vía la extracción del valor excedente.

La dualidad de la estructura

A la luz de la discusión en las secciones precedentes, ¿cómo deberíamos entender la relación entre acción y estructura? Mi respuesta ya está implicada en lo que he dicho hasta aquí. El dualismo de sujeto y objeto del que he hablado debe ceder lugar al reconocimiento de una *dualidad* que está implicada en toda reproducción social, la dualidad de la estructura. Me refiero con «dualidad de la estructura» al carácter esencialmente recursivo de la vida social: las propiedades estructurales de los sistemas sociales son tanto medio-

como resultado de las prácticas que constituyen esos sistemas. La mejor manera de ilustrar esto es volviendo a la concepción Saussuriana de la producción de una emisión. Cuando emito una oración recorro a varias reglas sintácticas (sedimentadas en mi conciencia práctica del lenguaje). Estas características estructurales del lenguaje son el medio por el cual genero la emisión. Pero al producir una emisión sintácticamente correcta, simultáneamente contribuyo a la reproducción del lenguaje como un todo. Este enfoque rechaza la identificación de la estructura con constricción: la estructura está a la vez permitiendo y construyendo. Las formas más revolucionarias de cambio social, como las formas más estables de reproducción social, en esta concepción, implican la estructuración. No hay lugar, por lo tanto para una noción de desestructuración, tal como ha sido propuesta por Gurvitch entre otros. La idea de desestructuración es requerida sólo si continuamos contraponiendo estructura a libertad -lo que, en mi opinión, tanto Gurvitch como Sartre hacen. Aunque Sartre ha sido fuertemente influido por Heidegger, no parece haber incorporado uno de los elementos más básicos de Ser y Tiempo, del segundo, a su propio trabajo. A la contraposición de pasado y presente de Sartre es a lo que busco escapar desde aquí: para Sartre el pasado es «dado y necesario», mientras que el presente es el reino de la libre creación espontánea.

Para resumir: las «diferencias» que constituyen estructuras, y son constituidas estructuralmente, vinculan «las partes» con «el todo» en el sentido en que la emisión de una oración gramatical presupone un corpus ausente de reglas sintácticas que constituyen el lenguaje como una totalidad. La importancia de esta relación entre momento y totalidad para la teoría social difícilmente pueda ser exagerada, involucrando como lo hace una dialéctica de presencia y ausencia que enlaza las formas más pequeñas o triviales de acción social a propiedades estructurales de la sociedad como un todo, y a la convergencia de instituciones por sobre largos períodos de tiempo histórico.

En el caso de que mi énfasis general no fuese completamente claro, permítaseme en este punto llevar la discusión atrás, a la cognoscibilidad de los actores sociales. Me propongo dar un mayor énfasis a las ideas desarrolladas aquí de que las instituciones no sólo trabajan «tras las espaldas» de los actores sociales que las producen y reproducen. Cada miembro competente de toda sociedad conoce (tanto en el sentido de conciencia discursiva como en el de conciencia práctica) mucho acerca de las instituciones de esa sociedad; tal conocimiento no es incidental para la operación en la sociedad, sino que está necesariamente involucrado en ella. Una tendencia común de muchas otras escuelas divergentes de pensamiento sociológico -pero especialmente del funcionalismo- es adoptar la táctica metodológica de comenzar sus análisis descontando las razones de los agentes para su acción, a fin de descubrir los estímulos «reales» de su actividad, de los cuales ellos son ignorantes. Semejante actitud no sólo es defectuosa desde el punto de vista de la teoría social, tiene implicaciones políticas fuertemente definidas y potencialmente ofensivas. Esto implica un menosprecio del *lego*. De esto surgen varias consideraciones importantes -que, como anteriormente, no tengo espacio para discutir aquí- sobre el status de la ciencia social como teoría crítica, y como implicada en la reforma de la práctica social.

En conclusión quiero volver brevemente a la consideración que postergué: la noción de que las propiedades estructurales de los sistemas sociales pueden ser consideradas como involucrando reglas y «recursos». Al referirme a «recursos» quiero insistir en la centralidad del poder en la teoría social. Esto me permite retornar al tema por medio del cual introduce este ensayo -los distintos tratamientos de problemas comunes por los filósofos y sociólogos. Quiero mantener que el concepto de acción está vinculado lógicamente al de poder, si este último término es interpretado en un sentido amplio como la capacidad de lograr resultados. Los filósofos han hablado de esto bajo el título de «poderes» o «capacidad» de la actividad humana, pero hasta donde sé no han intentado conectar estas nociones a los

conceptos de poder desarrollados en la teoría social y política.

cas regularizadas, reproducidas a través del tiempo y del espacio: el poder en los sistemas sociales puede entonces tratarse como involucrando relaciones reproducidas de *autonomía y dependencia* en la interacción social.

Las discusiones filosóficas sobre «poderes» están interesadas en las capacidades de los sujetos individuales. Muchos análisis del poder en las ciencias sociales son también «subjetivistas», en el sentido de que buscan definir poder como la capacidad de un sujeto actuante de intervenir en el curso de los eventos del mundo tanto para influirlos como para alterarlos. Podría incluir la famosa definición de poder de Weber en esta categoría, aunque los «eventos» involucrados son los actos de los demás: poder es la capacidad que tiene un individuo de conseguir sus propios fines incluso contra la voluntad de otros. Bastante distintos de esta idea de poder son aquellos conceptos, tales como el formulado por Parsons, que ve el poder sobre todo como un fenómeno de la colectividad. Lo que vemos aquí, creo, es un dualismo comparable a y relacionado con el dualismo de acción y estructura señalado anteriormente. La misma táctica metodológica es apropiada: debemos reemplazar este dualismo por una concepción de la dualidad, reconociendo y conectando cada uno de estos dos aspectos del poder. Esto trató de hacerlo por medio de la noción de recurso. Los recursos son requeridos por los actores en la producción de interacción, pero están constituidos como estructuras de dominación. Los recursos son los medios por los cuales el poder es empleado en el curso rutinario de la acción social: pero son al mismo tiempo elementos estructurales de los sistemas sociales, reconstituídos en la interacción social. Los sistemas sociales se constituyen como prácti-

Esto me lleva a un concepto final sobre el que quiero hablar brevemente, un concepto que es muy importante en el esquema de la teoría social que estoy tratando de desarrollar. Se trata de la noción de lo que llamo la *dialéctica del control* en los sistemas sociales. Es una de las principales áreas en las que el teorema de que los actores sociales conocen, y deben conocer (en conciencia práctica y discursiva) mucho sobre las circunstancias de su acción, puede ser más fácilmente relacionado con cuestiones de poder y dominación. Por la dialéctica del control quiero significar la capacidad de los débiles, en las relaciones regularizadas de autonomía y dependencia que constituyen los sistemas sociales, de volver su debilidad contra los poderosos. Mi argumento es que, así como la acción está intrínsecamente relacionada con el poder, así la dialéctica del control está fundada dentro de la misma naturaleza de los sistemas sociales. Un agente que no participa en la dialéctica del control, de un modo mínimo, deja de ser agente. Todas las relaciones de autonomía y dependencia son recíprocas: aunque amplían la distribución asimétrica de recursos involucrados, todas las relaciones de poder expresan autonomía y dependencia «en ambas direcciones». Sólo una persona que se mantuvo totalmente confinada y controlada no participa de la dialéctica del control. Pero tal persona entonces ya no es un agente.



Handwritten signature/initials

Esta es la parte de reglas y a la regla es propia de los individuos evita la confusión - obj - de la Sa

Esto atiende al nivel de reproducción y transformación

No es el nivel de estructura que el nivel de resultado de otros entrecruzados de Sa en ya H de la estructura

deberían dar lugar a la reproducción y prácticas

A. GIDDENS.

«HERMENÉUTICA Y TEORÍA SOCIAL»

en PROFILES AND CRITICS IN SOCIAL THEORY - UCP, LOS ANGELES, 1982.

[trad. de la cátedra].

HERMENEUTICA Y TEORIA SOCIAL (*)

La «hermenéutica» -teoría de la interpretación- sólo recientemente ha llegado a ser un término familiar para aquellos que trabajan en las ciencias sociales, al menos en el mundo de habla inglesa. Esto es curioso, dado que la tradición hermenéutica se remonta al menos tan lejos como fines del siglo dieciocho, y el término deriva de los griegos. Pero este descuido es menos raro de lo que parece, puesto que la tradición hermenéutica ha estado más firmemente establecida en Alemania y muchos de los textos claves permanecen sin traducir al inglés. El concepto de «verstehen», unificador de la tradición hermenéutica, llegó a ser más ampliamente conocido en el mundo de habla inglesa a través de su adopción por Max Weber. Como tal, fue objeto de fuertes ataques por aquellos asociados a lo que llamaré «el consenso ortodoxo»⁽¹⁾. La controversia acerca de la «verstehen» en la literatura de habla inglesa deja de lado, sin embargo, algunas de las cuestiones más significativas a que da origen la tradición hermenéutica. Weber estuvo influenciado solamente en parte por esa tradición, derivando principalmente sus ideas metodológicas de los trabajos de Rickert y la escuela de Marburgo.

Pero el factor fundamental que explica la relativa falta de influencia de la tradición hermenéutica en el mundo anglosajón ha sido el dominio de puntos de vista sobre las ciencias sociales que derivan su inspiración de los filósofos positivistas o naturalistas respecto a las ciencias naturales. Semejantes puntos de vista fueron uno de los principales fundamentos para el consenso ortodoxo que dominó la sociología, la política y grandes sectores de las ciencias sociales en general, a partir de la postguerra. Hay tres características del con-

senso ortodoxo que pienso es importante enfatizar. Primero, la influencia de la filosofía positivista como un marco lógico. Esta influencia fue, a su vez, doble. La concepción de la ciencia esbozada por filósofos como Carnap, Hempel y Nagel fue aceptada (a menudo bajo una forma simplificada o inexacta) como una versión adecuada de lo que eran las ciencias naturales. Pero también se afirmó que las ciencias sociales debían constituirse sobre el modelo de las ciencias naturales: que el fin de aquellas debía ser paralelo, en el estudio de la conducta humana, a los logros de las ciencias naturales. El objetivo fue producir lo que Radcliffe-Brown una vez llamó «una ciencia natural de la sociedad».

Segundo, al nivel del método, la influencia del funcionalismo. En los escritos de Comte, Durkheim y otros en el siglo diecinueve y comienzos del veinte, el funcionalismo estuvo en estrecha conexión con la tesis de que la sociología debería ser una «ciencia natural de la sociedad». El amplio uso de analogías orgánicas en el análisis social alentó, y de alguna manera derivó de la concepción de que la biología estaba en una directa línea de asociación con las ciencias sociales. Una concepción funcional de tipo similar parecía apropiada a ambas. En el período más reciente, la afiliación del funcionalismo y la creencia de que la sociología debería adoptar el mismo marco lógico que las ciencias naturales, se ha mostrado más ambigua. Los filósofos primitivistas modernos han sido suspicaces sobre las pretensiones del funcionalismo y han examinado su status lógico con ojo escéptico⁽²⁾. Perosi el matrimonio entre el positivismo contemporáneo y el funcionalismo no fue el caso de un amor a primera vista, la relación finalmente se consumó. Los filósofos dieron un reconocimiento de mala gana a los concep-

tos funcionalistas, como parte legítima del aparato de la ciencia. Muchos de aquellos que trabajan en las ciencias sociales vieron tal reconocimiento como una confirmación de la ligazón tradicional entre el funcionalismo y la apología de la «ciencia natural de la sociedad».

Tercero, en el nivel del contenido, la influencia de la concepción sobre la «sociedad industrial» y la «teoría de la modernización», más generalmente. No tengo mucho que decir acerca de esto en la presente discusión. Sin embargo, considero muy importante tener en mente que los debates lógicos y metodológicos en las ciencias sociales pueden raramente -si alguna vez- ser separados completamente de los puntos de vista o teorías más sustantivas con las cuales están relacionados. Los conceptos de «sociedad industrial» y «modernización» pertenecen a lo que puede llamarse la teoría de la sociedad industrial. Por ella quiero significar un particular punto de vista sobre el desarrollo de las «sociedades avanzadas» afiliado a las ideas políticas liberales⁽⁴⁾. De acuerdo a los proponentes de la teoría de la sociedad industrial, la industrialización es la principal fuerza transformadora en el mundo contemporáneo. En el período de postguerra, junto a una tasa de crecimiento estable en la economías del oeste, los teóricos de la sociedad industrial vieron la perspectiva de un indefinido período de prosperidad, tendencia a la igualdad de riqueza, ingreso y oportunidades. La industrialización suministraría el hilo conductor para este progresivo movimiento de la historia, tanto en el Oeste como en el Este.

Combinando estos tres elementos, el consenso ortodoxo proveyó de cuerpo a la «corriente principal» de opinión en sociología y, en cierto grado, para las ciencias sociales en general. Por supuesto, sería fácil subestimar la diversidad de puntos de vista dentro de este consenso, que nunca dejó de ser desafiado. En particular, tuvo sus críticos desde la izquierda. A lo largo de su período de ascensión, el consenso ortodoxo fue desafiado por autores influenciados por Marx, aunque muchos de sus críticos, tales como Mills, Dahrendorf, Lockwood y Rex, no se vieron a sí mismos como «marxistas». Retrospectivamente, la

influencia de Weber en sus trabajos parece mayor que la de Marx. Pero cualquiera sea el desacuerdo de estos críticos con el consenso ortodoxo, éste suministró un terreno para el debate. Había una suerte de unidad de la sociología, aunque sólo bajo la forma de ámbitos para los asuntos debatidos, y los resultados de tales confrontaciones siempre fueron difícilmente decisivos.

Hoy día el consenso ortodoxo no existe; lo que fue una ortodoxia ya no lo es más y el consenso ha dado paso a la disidencia y al desorden. La disolución del consenso ortodoxo ha sido substancialmente llevada a cabo por las críticas montadas contra el positivismo en filosofía, y en ciencias sociales contra el funcionalismo⁽⁵⁾. Esta desaparición no es ciertamente algo explicable sólo en términos de crítica intelectual. Los cambios que han sobrevenido en las ciencias sociales reflejan transformaciones en el mundo social mismo, como que el período de desarrollo económico estable en el oeste, fue interrumpido por reveses, crisis y conflictos. Lo que parecía un seguro dominio cercado por los teóricos de la sociedad industrial, probó ser frágil. Aunque no examinaré las implicaciones de esto directamente, en mi planteamiento los problemas lógicos, metodológicos y sustantivos están íntimamente relacionados. Los asuntos discutidos aquí pueden ser relacionados directamente con los análisis concretos de las transformaciones de la sociedad⁽⁶⁾.

Hermenéutica, positivismo y teoría social

El interés por la hermenéutica es una -entre otras- respuesta a la superación del consenso ortodoxo en el ámbito de la lógica y la metodología de la ciencia social. La recepción o descubrimiento en el habla inglesa de la tradición hermenéutica ha sido considerablemente posibilitada por el movimiento postwittgensteniano dentro de la filosofía británica y norteamericana. Autores influenciados por el último Wittgenstein, de los cuales el más notable es P. Winch, han propuesto puntos de vista sobre las ciencias sociales que contrastan agudamente con el consenso ortodoxo. Sugiriendo que hay una radical diferencia en-

tre las ciencias naturales y sociales, que la comprensión de la «acción significativa» es distinta de la explicación de eventos en la naturaleza. La filosofía postwittgensteniana convirgió con temas que habían sido de persistente interés para la hermenéutica. El corto libro de Winch, *The idea of social science*⁽⁷⁾ fue el punto focal del debate entre los filósofos por alrededor de veinte años, desde su publicación. La mayoría de esos trabajos, sin embargo, por un largo período o ignoraron o rechazaron las pretensiones de Winch como insostenibles. Sólo recientemente el libro ha sido visto en forma más favorable.

En *The idea of social science*, Winch argumenta que el objeto de las ciencias sociales concierne sobre todo con la inteligibilidad de la acción humana. Para captar por qué los seres humanos actúan como lo hacen, debemos comprender el significado de su actividad. Y comprender el significado de la conducta, de acuerdo a Winch, es captar las reglas que los actores siguen haciendo aquello que hacen. La acción significativa es una acción orientada por reglas, donde el conocimiento de éstas suministra las razones de los actores para la conducta en la cual están involucrados. Para Winch, comprender el significado y las razones implica relacionar la conducta observada a reglas. Las reglas no son «leyes» en el sentido en que este término es aplicado en las ciencias naturales. Ni la formulación de leyes ni el análisis causal tiene ningún lugar en las ciencias sociales. Estas tienen, entonces, una orientación interpretativa o hermenéutica; un salto lógico separa tal orientación de la lógica y el método de las ciencias naturales.

Winch estableció así una versión contemporánea de la dicotomía planteada por la tradición hermenéutica entre «verstehen» y «erklären». La «verstehen», la comprensión del significado y la fundamentación de lo que a menudo se llamó «las ciencias del espíritu» (Geisteswissenschaften) fue contrastada por Droysen, Dilthey y otros con la «erklären», la explicación causal de los fenómenos naturales. Muchas cosas separan la exposición de Winch de las preocupaciones características de la hermenéutica. Winch no emplea la termi-

nología de la «verstehen», y más importante, no está interesado en la historia. Una de las principales diferencias del positivismo y la tradición hermenéutica ha sido precisamente el continuo compromiso de la última con la historia. Para los autores hermenéuticos, la historia -no como transcurso del tiempo, sino como la capacidad de los seres humanos de llegar a ser conscientes de su propio pasado y de incorporar esa consciencia como parte de lo que es la historia- ha estado siempre en el centro de las ciencias sociales.

No quiero en este contexto ofrecer una evaluación crítica del trabajo de Winch y de la filosofía wittgensteniana en general⁽⁸⁾ ni considerar con alguna longitud sus diferencias con la hermenéutica continental⁽⁹⁾. Mi alegato es que un giro hacia la hermenéutica de la teoría social no puede por sí mismo resolver los problemas lógicos y metodológicos generados por la desaparición del consenso ortodoxo. Los puntos de vista de Winch no pueden ser sostenidos tal como están y sería un camino equivocado intentar revivir la diferenciación de «verstehen» y «erklären». Este último punto, por supuesto, de acuerdo con algunos de los máximos exponentes de la hermenéutica contemporánea, como Gadamer y Ricoeur. Pero pienso igualmente que es erróneo meramente negar la relevancia de la hermenéutica para la teoría social, como lo han intentado los autores inclinados al positivismo. En vez de eso quisiera argumentar a favor de lo que quisiera llamar «una teoría social informada hermenéuticamente». Pienso que es esencial poner atención a la revitalización de la hermenéutica por obra de los filósofos postwittgenstenianos, Gadamer, Ricoeur y otros. Pero al mismo tiempo quisiera aconsejar cuidado: las ideas de esos autores deben ser recibidas críticamente.

En el resto de la discusión prefiero usar el término «teoría social» más bien que «sociología» -o todavía peor, «teoría sociológica». Según mi perspectiva, la teoría social es un cuerpo teórico compartido por todas las disciplinas que conciernen a la conducta de los seres humanos. Conciernen no solamente a la sociología sino a la antropología, la economía,

la ciencia política, la geografía humana y la psicología -el rango todo de las ciencias sociales. La teoría social no es realmente separable de cuestiones de interés que cubren un campo más amplio: se conecta a la crítica literaria, por una parte, y a la filosofía de las ciencias naturales, por otra. La real importancia de la hermenéutica en la teoría social señala el estado de la cuestión: la hermenéutica contemporánea está al frente del desarrollo de la teoría del texto y, al mismo tiempo, tiene relevancia para los asuntos actuales en filosofía de las ciencias⁽¹⁰⁾. Hay algo nuevo en todo esto, en lo que Geertz llama el «estilo borroso» del pensamiento moderno⁽¹¹⁾. Hace algunos años era un lugar común hacer llamados a estudios interdisciplinarios que buscarán sobrepasar los límites convencionales de las disciplinas académicas. Tales estudios lograron raramente algo. Hoy día, sin embargo, reales y profundas convergencias de intereses y de problemas se están presentando en amplios espacios de la vida intelectual. La teoría social está en el centro de esas convergencias, contribuyendo como aprendiendo de ellas. Hablar de «borroso» en relación a los marcos de referencia o contextos en otro tiempo separados, es un término afortunado en más de un sentido. Porque la convergencia no siempre ha suministrado clarificación de los asuntos en discusión: también los ha oscurecido. Inmediatamente después del colapso del consenso ortodoxo, en lo que se refiere a las ciencias sociales, sobrevino algo como una dispersión de teorías rivales. He argumentado en otro lugar⁽¹²⁾ que este aparente desarreglo intelectual no tendría que conducir a nadie interesado en las ciencias sociales -como pienso que todos tendríamos que estarlo- a levantar las manos con desesperación. La actual fase de desarrollo de la teoría social es tal que demanda la reconstrucción en varios frentes. Semejante proceso de reconstrucción, a mi juicio está en camino, aunque sea improbable regresar al consenso de la antigua ortodoxia. Más bien, está fuera del espíritu del pensamiento social contemporáneo intentarlo.

Bajo el quizá desprolijo título de una teoría social informada hermenéuticamente incluiría cierto número de ideas básicas. Sin embargo,

quisiera concentrarme aquí en dos clases de cuestiones. Cada una de ellas representa una reacción a los dos elementos del consenso ortodoxo que he mencionado previamente: positivismo y funcionalismo. Quisiera desarrollar una aproximación a la teoría social en la cual el concepto de función no tiene lugar. Desde mi perspectiva, las nociones de «análisis funcional» o «explicación funcional» deberían ser rechazadas totalmente por estar basadas en premisas falsas⁽¹³⁾. No obstante, las contribuciones del funcionalismo (en sus varias versiones) a la teoría social no pueden meramente ser dejadas de lado. No sería correcto abandonar Merton en favor de Winch. Una de las más significativas limitaciones de la «hermenéutica de la teoría social» de Winch es que no hace mención de lo que ha sido siempre un interés primario del funcionalismo: las condiciones no anticipadas y las consecuencias no intencionadas de la acción. En este aspecto la concepción wincheana del método de las ciencias sociales es inferior a la de Weber, a quien en general se refiere de manera favorable⁽¹⁴⁾. Una teoría social informada hermenéuticamente, como quiero proponer aquí y que he intentado desarrollar con algún detalle en publicaciones recientes, reconoce la necesidad de concertar una adecuada consideración de la acción (significativa) -lo cual pienso, Weber no logró hacer- con el análisis de sus condiciones no anticipadas y consecuencias no intencionadas. En lugar del funcionalismo quiero ofrecer lo que llamaré la teoría de la estructuración.

Respecto a la lógica de las ciencias sociales quisiera enfatizar un aspecto diferente en relación a la relevancia de la hermenéutica para la teoría social. La hermenéutica moderna ha coincidido con la fenomenología en acentuar la importancia de las creencias y prácticas cotidianas, lo «mundano» y «dado por garantido» en la constitución de la actividad social. Sin embargo, quiero argumentar que las ciencias sociales implican un tipo especial de fenómeno hermenéutico en la conceptualización de su objeto. Uno de los principales objetivos del punto de vista positivista implicado en el consenso ortodoxo fue reemplazar el lenguaje ordinario por un

Hoy
No funciona
pero
consenso
no int
cond. no
anticipadas
reconstr

lenguaje técnico de las ciencias sociales -un vocabulario técnico similar a aquellos empleados en las ciencias naturales⁽¹⁶⁾. Sin embargo, la relación entre el lenguaje ordinario, las formas de vida en las cuales su uso está implicado, y el lenguaje técnico de las ciencias sociales muestra ser considerablemente más complejo y significativo que lo supuesto en la ortodoxia previa. De hecho, la hermenéutica entra aquí de manera doble, por lo que me refiero a mi segundo tema como la doble hermenéutica.

El cientista social estudia un mundo, el mundo social, el cual es constituido como significativo por aquellos que lo producen y reproducen en sus actividades, los sujetos humanos. Describir la conducta humana de una manera válida es en principio ser capaz de participar en las formas de vida que constituyen y son constituidas por esa conducta. Esta es ya una tarea hermenéutica. Pero la ciencia social es en sí misma una «forma de vida» que tiene sus propios conceptos técnicos. De aquí que la hermenéutica entre en las ciencias sociales en dos niveles relacionados; esta doble hermenéutica prueba ser de importancia fundamental en la reformulación postpositivista de la teoría social.

La teoría de la estructuración

He esbozado los elementos de la teoría de la estructuración con algún detalle en otro lugar⁽¹⁷⁾ y aquí ofreceré un breve resumen. Elaborando la teoría de la estructuración intento reunir varios desiderata que han ido surgiendo en los debates actuales en teoría social. Primero, la demanda de una «teoría del sujeto», puesta primeramente por aquellos que trabajan dentro de la tradición estructuralista. La petición de una teoría del sujeto implica una ruptura definitiva con los puntos de vista positivistas en filosofía, y con el cogito cartesiano. La conciencia como una propiedad del ser humano no debe ser tomada como algo dado, como un fenómeno que es un punto de partida para el análisis. Pero, mientras requerían correctamente una teoría del sujeto y argumentaban que eso entrañaba una descentración del sujeto, el pensamiento estructuralista ha tendido a disolver la subjetividad en las estructuras abstractas del len-

guaje. Una descentración del sujeto debe al mismo tiempo recuperar ese sujeto como un ser razonante y actuante. De otra manera el resultado es un tipo objetivista de teoría social, en la cual la actividad humana aparece como el resultado determinado de causas sociales. Aquí hay una gran similaridad entre el estructuralismo (incluida la mayoría de las variantes de postestructuralismo) y el funcionalismo, ni sorprendente del todo ni puramente fortuita ya que, en parte, ambos tienen sus orígenes en Durkheim⁽¹⁸⁾.

Segundo, la demanda de que la teoría del sujeto evite el objetivismo no debería deslizar hacia el subjetivismo. Una caída en el subjetivismo fue precisamente una de las tendencias principales en las primeras reacciones a la disolución del consenso ortodoxo. Las concepciones subjetivistas en general no han ofrecido una explicación de los orígenes de la subjetividad, aún cuando subrayan los componentes creativos de la conducta humana. En la teoría de la estructuración argumento que ni el sujeto (agente humano) ni el objeto («sociedad» o «instituciones sociales») debieran ser vistos como teniendo primacía. Cada una es constituida en y a través de prácticas recurrentes. El concepto de «acción» humana presupone el concepto de institución y viceversa. La explicación de esta relación incluye así centralmente la consideración de cómo es que la estructuración (producción y reproducción a lo largo del tiempo y el espacio de las prácticas sociales) ocurre. El concepto de acción ha sido muy debatido por los filósofos y ha dado origen a controversias considerables. Me refiero con el concepto a dos componentes de la conducta humana, a las que llamaré «capacidad» y «cognoscibilidad». Por el primero quiero significar que cuando hablamos de la acción humana, implicamos la posibilidad de que el agente podría haber actuado de otra manera. El sentido de esta bien conocida frase no es fácil de elucidar filosóficamente y sería difícil intentar hacerlo aquí, pero su importancia para el análisis social es grande, porque conecta de una manera inmediata con el significado del poder en la teoría social⁽¹⁹⁾. Por el segundo término, «cognoscibilidad» quiero significar todas aque-

llas cosas que los miembros de la sociedad conocen acerca de esa sociedad y las condiciones de su actividad dentro de ella. Es un error identificar la cognoscibilidad de los agentes con aquello que es conocido conscientemente, significando con eso «lo que tenemos en mente» de una manera consciente. Una explicación de la subjetividad debe relacionar la «consciencia» en ese sentido (consciencia discursiva), con lo que llamo «consciencia práctica» y con el inconsciente. La falta de una concepción de la consciencia práctica es también algo común a las tradiciones de pensamiento funcionalista y estructuralista. Por consciencia práctica quiero significar la enorme variedad de modos tácitos de conocimiento sobre cómo «proceder» en los distintos contextos de la vida social. Al igual que la «cognoscibilidad», la «capacidad» no debe ser identificada con la habilidad de los agentes para tomar «decisiones», como en la teoría de los juegos, por ejemplo. Si la «toma de decisiones» se refiere a las circunstancias en las cuales los individuos conscientemente confrontan un rango de alternativas potenciales, quiere decir que es una subcategoría de la capacidad en general. La capacidad, la posibilidad de «hacer de otra manera» es generalmente ejercida como una rutina, como un aspecto tácito en la conducta cotidiana.

Por instituciones significo prácticas sociales estructuradas, con una amplia extensión espacial y temporal en lo que el historiador Braudel llama la larga duración del tiempo, y que son seguidas o reconocidas por la mayoría de los miembros de una sociedad. En la teoría de la estructuración, «estructura» se refiere a reglas y recursos aplicados (instantiated) en los sistemas sociales pero que tienen sólo una existencia virtual. Las propiedades estructuradas de la sociedad, el estudio de las cuales es básico para explicar el desarrollo de las instituciones en el «largo plazo», «existen» solamente en su aplicación (instantiation) en la estructuración de los sistemas sociales y en las huellas de la memoria (reforzada o alterada en la continuidad de la vida social cotidiana) que constituye la cognoscibilidad de los actores sociales. Pero las prácticas institucionalizadas «suceden» y

son «hechas suceder» a través de la aplicación de recursos en la continuidad de la vida cotidiana. Los recursos son propiedades estructuradas del sistema social, pero «existen» solamente en la capacidad de los actores, en su capacidad de «actuar de otra manera». Esto me suministra un elemento esencial de la teoría de la estructuración, la tesis de que la organización de las prácticas sociales es en lo fundamental recurrente. La estructura es tanto el medio como el resultado de las prácticas que ella organiza recurrentemente.

Así formulada, me parece que la teoría de la estructuración se separa considerablemente del punto de vista desarrollado por Winch con respecto a la acción humana, y del objetivismo de la teoría funcionalista. El último fracasa en el tratamiento de la acción humana como la capacidad de agentes conocedores. Winch hace de este factor el centro de su versión de las ciencias sociales (aunque no de una manera totalmente satisfactoria), pero las instituciones aparecen en sus análisis -al igual que en Wittgenstein, su maestro- como un nebuloso telón de fondo contra el cual las acciones tienen que ser interpretadas. Sin embargo, no podemos dejar el asunto ahí porque la discusión está lejos de aclarar dónde figuran en este esquema las condiciones no conocidas y las consecuencias inintencionadas de la acción. Entre las condiciones no conocidas de la acción deberían ser incluidas las fuentes inconscientes de la conducta. Estas constituyen un «límite» a la cognoscibilidad/capacidad de los agentes. Pero el carácter «limitado» de las prácticas cognoscitivamente reproducidas también implica un interés del análisis social en continuidad con una preocupación del funcionalismo: la reproducción social vía la relación de retroalimentación (feedback) de las consecuencias inintencionadas. Aquí las consecuencias inintencionadas de la acción son simultáneamente condiciones no conocidas del sistema de reproducción.

Es ciertamente necesario insistir sobre la importancia de tales relaciones de retroalimentación en la teoría social. Pero el concepto de «función» es más bien un obstáculo que una ayuda. Aquel es plausible como parte del vocabulario de las

Rehval
Coxe 2
inty 5
No es
ciend

ef de
mitar
no

f de
abr

ef de
abr

14 propds 3 en la eff e b abur
y e la aguer
pred intj l b que det de la aff
lu recursos Rec son propds estructuradas En ello

ciencias sociales si atribuimos «necesidades» al sistema social (o «prerrequisitos», «exigencias» u otros sinónimos). Sin embargo, el sistema social no tiene necesidades y suponer que las tiene es aplicarle una teleología ilegítima. En la teoría de la estructuración, la «producción social» no es vista como un término explicativo: tiene que ser explicada ella misma en términos de aplicaciones cognoscitivas limitadas y contingentes de los actores sociales.

Una consocuencia de los argumentos procedentes es que los encuentros pasajeros de la vida diaria no pueden ser conceptualizados separadamente del desarrollo en el largo plazo de las instituciones. El más causal intercambio de palabras involucra a los habitantes en la historia de la lengua en el largo plazo, por cuya vía sus palabras fueron formadas, y simultáneamente en la reproducción continua de esa lengua. Hay más que una similitud accidental entre la larga duración del cambio histórico de Braudel y la *durée* de la vida cotidiana a la cual Schütz, siguiendo a Bergson, dirigió su atención.

La doble hermenéutica

Como lo he mencionado previamente, algunos de los principales filósofos hermenéuticos de la actualidad son críticos del contraste entre la «*verstehen*» y la «*erklären*» derivada de los primeros autores de la tradición hermenéutica. Una razón para esto es aquella en la cual se concentra Gadamer en particular: la tendencia de Dilthey y otros a representarse la «*verstehen*» como un fenómeno psicológico⁽²¹⁾. En otras palabras, la «*verstehen*» fue entendida como un «revivir» o «reexperimentar» los estados mentales de aquellos cuyas actividades o creaciones tenían que ser interpretadas. En lugar de la versión «psicológica» de la «*verstehen*», Gadamer ubica adecuadamente el concepto en el lenguaje, como el medio a través del cual la «comprensión» es fundamental para la vida humana. Aquí hay un importante punto de conexión entre la hermenéutica continental y la filosofía del último Wittgenstein. En tanto Winch sigue a Wittgenstein, no puede ser visto como un abogado de la versión «psicológica» de la

«*verstehen*». No obstante, ha producido una versión contemporánea de la diferenciación entre «*erklären*» y «*verstehen*» como resultado no de su comprensión de la acción misma, sino de sus puntos de vista sobre las ciencias naturales. En su tiempo Dilthey estuvo fuertemente influenciado por el concepto positivista de ciencia y derivó sus puntos de vista sobre la lógica de las ciencias naturales, substancialmente de John S. Mill. La concepción de Winch sobre las ciencias naturales, que en su libro aparece solamente como contraste a la discusión de las ciencias sociales, parece estar directamente derivada de la filosofía positivista, incluido Mill, a quien dedica alguna atención. Cuestiona la perspectiva de Mill en el sentido que «todas las explicaciones... tienen fundamentalmente la misma estructura lógica» sea en las ciencias naturales o sociales⁽²²⁾. Pero no discute la consideración de Mill sobre las ciencias naturales.

Los problemas actuales de la teoría social, sin embargo, no pueden estar divorciados de los rápidos cambios que han afectado a la filosofía de las ciencias naturales. El consenso ortodoxo, como ya lo he señalado, no solamente implicaba la suposición de que las ciencias sociales tenían que seguir a las ciencias naturales sino también aceptar lo que fue llamado el modelo ortodoxo⁽²³⁾ esto es, la versión liberalizada del positivismo lógico establecida por Carnap y otros. El modelo ortodoxo de las ciencias naturales ya no tiene vigencia. Los escritos de Popper, Kuhn, Toulmin, Hesse, Feyerabend y muchos otros han roto exitosamente con las ideas que dominaban los modelos positivistas de la ciencia. La «nueva filosofía de la ciencia» parece estar lejos de resolver los problemas que sus principales figuras han planteado. Pero está claro que esos desarrollos no pueden ser ignorados en la teoría social, aún si no sostenemos la perspectiva de que nuestro objetivo debiera ser construir una «ciencia natural de la sociedad». En las ciencias sociales hoy día tenemos que rotar sobre dos ejes simultáneamente, por así decirlo. Al repensar el carácter de la acción humana, las instituciones y su relación, tenemos al mismo tiempo que tener en mente las transformaciones de la filosofía de la ciencia.

*debería ser
Winch*

La concepción positivista de la ciencia enfatiza el anclaje de la teoría en enunciados de observación, verificación y predicción, como el componente lógico de su actividad. Los escritos de Kuhn y otros filósofos contemporáneos, como los citados anteriormente, están por supuesto interesados en dichos aspectos. Pero han descubierto que la ciencia es tanto «interpretar» el mundo como «explicarlo» y que esas dos formas de desempeño no son realmente separables. La relación entre «paradigmas» (un término del cual se ha abusado tanto que seguramente ahora debiera ser descartado) o los marcos de significación, en relación a los cuales las teorías científicas están expresadas, implican el desplazamiento a problemas cercanos a aquellos que desde antiguo interesan prioritariamente a la hermenéutica. Los problemas que se origina aquí son de un interés directo para las teorías en ciencias sociales. Pero hay algunas tareas que son específicas de éstas: una es la cuestión de la doble hermenéutica. La hermenéutica de las ciencias naturales tiene que ver solamente con la teoría y el discurso científico, en tanto analizan un mundo objetivo que no responde y no construye e interpreta el significado de sus propias actividades.

La doble hermenéutica de las ciencias sociales implica lo que Winch llama «una ligazón» lógica entre el lenguaje ordinario de los actores y la terminología lógica inventada por los científicos sociales. Schütz se refiere ampliamente al mismo asunto tomando un término de Weber, cuando dice que los conceptos del observador social deben ser adecuados a aquellos empleados por los actores cuya actividad tiene que ser descrita o analizada. Ningún autor, sin embargo, da una explicación convincente de la relación a la cual apuntan. La versión de Winch, pienso, es más correcta que la de Schütz, aunque no desarrolla sus implicaciones. De acuerdo a la perspectiva de Schütz los términos técnicos en las ciencias sociales son «adecuados» sólo si el modo de actividad analizado en la «construcción típica» es «comprensible» para el actor mismo en términos de sus propios conceptos²⁴. Pero éste no es un punto de partida defendible. Consideremos el ejemplo que da Winch en su

discusión: el uso del concepto «preferencia por la liquidez» en economía. ¿Por qué tenemos que suponer que la adecuación de tal noción está determinada por el hecho de que los comerciantes comprendan o puedan ser llevados a comprender qué significa? ¿Cuán bien tendría un individuo que captar el concepto para que fuera declarado una «adecuada» parte del vocabulario de la economía? Schütz planteó las cosas de manera equivocada. La ligazón lógica implicada en la doble hermenéutica no depende de si el actor o actores cuya conducta está siendo descrita es capaz de captar los conceptos que usa el científico social. Depende de si el observador científico comprende correctamente los conceptos por los cuales la conducta de los actores está orientada. Winch está en lo cierto al decir de la «preferencia por la liquidez» que «su uso por el economista presupone su comprensión de qué es conducir un negocio, lo que a su turno presupone la comprensión de conceptos sobre los negocios tales como moneda, costo, riesgo, etc.»⁽²⁵⁾

*he sido
liquidez
que
conducir
negocio
voto X / con
para el cual
debería*

Las implicaciones de la doble hermenéutica se extienden, sin embargo, más lejos y son considerablemente más complejas que lo sugerido por esos enunciados. El lenguaje técnico y las proposiciones teóricas de las ciencias naturales están aisladas del mundo al cual conciernen porque ese mundo no replica. Pero la teoría social no puede ser aislada de su mundo-objeto, el cual es un mundo-sujeto. Aquellos influenciados por el consenso ortodoxo son por supuesto conscientes de esto. Pero estando bajo el influjo de la idea de que la predicción sobre la base de leyes es la tarea principal de las ciencias sociales, buscan reproducir tal aislamiento tanto como es posible. La doble hermenéutica fue entendida sólo relacionada con la predicción, bajo la forma de profecías «autocumplidas» o «autonegadas». La ligazón entre el lenguaje ordinario, la vida social cotidiana y la teoría social fue vista como una molestia, una manera de lograr probar las predicciones mediante las cuales las generalizaciones son validadas.

La discusión de Winch indica las limitaciones de tal punto de vista, pero fracasa en la de-

mostración de su pobreza como una forma de expresar las relaciones entre las ciencias sociales y la vida de los seres humanos cuya conducta es analizada. La doble hermenéutica implica que esas relaciones, como insiste Gadamer, son dialógicas. El hecho de que los «descubrimientos» de las ciencias sociales puedan ser tomados por aquellos a cuya conducta se refieren, no es un fenómeno que puede o podría ser marginado sino que es constitutivo de su naturaleza. Es el punto capital de conexiones entre dos modos posibles en que las ciencias sociales relacionan sus resultados con la sociedad misma: como contribución a formas de dominio o promoviendo la emancipación.

Conclusión

Muchos problemas han surgido de los desarrollos que he examinado en las secciones precedentes. Concluiré indicando algunos de ellos.

Primero. Hay aún aspectos básicos a ser resueltos en la filosofía postpositivista de la ciencia natural. Objeciones sustanciales han surgido contra los puntos de vista de cada uno de los principales autores cuyos trabajos han contribuido a socavar el modelo ortodoxo. El intento de Popper, por ejemplo, de establecer una línea de demarcación entre ciencia y no ciencia o pseudociencia, sobre la base de su teoría de la falsificación, ha demostrado ser insostenible. En La estructura de las revoluciones científicas y publicaciones subsecuentes, Kuhn dio origen -pero no le ha sido posible hacerle frente de manera satisfactoria- a aspectos fundamentales concierne al relativismo y la verdad en ciencias. Una teoría realista modificada de la ciencia, tal como ha sido propuesta en diferentes formas por Hesse y Bhaskar, puede tener más que ofrecer⁽²⁶⁾. Las implicaciones para las ciencias sociales no han sido totalmente exploradas, pero parecen compatibles con puntos de vista que derivan de la hermenéutica, sin sucumbir al historicismo de Gadamer. El «modelo transformativo» de la actividad social de Bhaskar, en particular, lleva independientemente a una concepción de las ciencias sociales que tiene mucho en común con mi explicación de la estructuración.

Segundo. Tenemos que reformular las nociones preexistentes sobre la significación de las leyes causales en ciencias sociales. El status lógico de las leyes causales en las ciencias naturales no es una materia incuestionable. No obstante, ni el punto de vista de que las leyes en las ciencias naturales y en las ciencias sociales son lógicamente idénticas, ni la noción hermenéutica de que las leyes causales no tienen lugar en absoluto en las ciencias sociales, son aceptables. He argumentado en otro lugar⁽²⁷⁾ que hay una diferencia lógica básica entre las leyes en ciencias sociales y en ciencias naturales. Las leyes en ciencias sociales son «intrínsecamente históricas» en carácter: contienen sólo condiciones específicas dadas de «limitación» de los sistemas cognoscibles de reproducción de la interacción social. Las relaciones causales implicadas en las leyes se refieren a la conjunción de consecuencias intencionales e inintencionales de la acción reproducida. Esa conjunción puede ser alterada por la aplicación dialógica del análisis social mismo. El caso típico aquí es el análisis de Marx de las «leyes del mercado» en el capitalismo competitivo. Las leyes del mercado sólo se mantienen si están dadas la falta de comprensión y control de la vida económica por los productores, en el contexto de las condiciones anárquicas de la producción capitalista. Las conexiones que ellas expresan son mudables a la luz de la acción basada en el conocimiento de esas mismas conexiones. Dicho esto tenemos que evitar el error confesado por Habermas en Conocimiento e interés: el conocimiento adquirido en el proceso de «autorreflexión» no es una condición suficiente para la transformación social⁽²⁸⁾. Cognoscibilidad más capacidad, cada una de ellas está implicada en la continuidad o cambio de los sistemas sociales.

Tercero. Si la tradicional diferenciación de «verstehen» y «erklären» debe ser abandonada, tenemos que reconocer los aspectos distintivos de la vida social singularizados por los filósofos hermenéuticos. He aceptado que es correcto decir que la condición para generar descripciones de la actividad social es que en principio sea posible participar en ellas. Esto implica un «conocimiento mutuo» compartido

por el observador y los participantes cuya acción constituye y reconstituye el mundo social. Nuevamente, sin embargo, hay una variedad de cuestiones en disputa aquí: cómo podemos decidir que «cuenta» como una descripción «válida» de un acto o forma de acción, por ejemplo; o cómo las creencias de culturas ajenas pueden ser sometidas a crítica. Respecto a la conceptualización de la acción, no obstante, una cosa es clara: los puntos de vista deterministas sobre la acción humana, que la explican como resultado de causas sociales, tienen que ser rechazadas. Debería ser claro, a la luz de lo anterior, que esto no implica que las leyes causales no tengan lugar en las ciencias sociales.

Cuarto. La teoría social es inevitablemente crítica. Con esto no quiero defender una versión del marxismo en general o asociada con

la teoría científica de la Escuela de Frankfurt, en particular. Quiero insistir que aquellos que trabajan en ciencias sociales no pueden permanecer alejados o indiferentes a las implicaciones de sus teorías e investigaciones para sus semejantes. Considerar a los agentes sociales como «conocedores» y «capaces» no es solamente un asunto referente al análisis de la acción: es también implícitamente un punto de vista político. Las consecuencias prácticas de las ciencias naturales son «tecnológicas»; tienen que ver con la aplicación del conocimiento humano obtenido a un mundo de objetos que existen independientemente de ese conocimiento. Los seres humanos, empero, no constituyen un objeto inerte de conocimiento sino agentes capaces de inclinarse a incorporar la teoría e investigación social a su propia acción.

Referencias

- (1) Para una discusión mayor, véase *Central Problems in Social Theory* (London: Macmillan, 1979), cap. 7.
- (2) Véase M. Truzzi, *Verstehen: Subjective Understanding in the Social Sciences* (Reading, Mass.: Addison-Wesley, 1974).
- (3) Cf. Carl G. Hempel, «The logic of functional analysis», en *Aspects of Scientific Explanation* (New York: Free Press, 1965).
- (4) Véase «Classical social theory and the origins of modern sociology», en este volumen.
- (5) Ver mi análisis retrospectivo en «Funcionalism: après la lutte», en *Studies in Social and Political Theory* (London: Hutchinson, 1977).
- (6) Véase *A contemporary Critique of Historical Materialism* (London: Macmillan, 1981).
- (7) Peter Winch, *The Idea of a Social Science* (London: Routledge, 1958).
- (8) Véase, sin embargo, *New Rules of Sociological Method* (London: Hutchinson, 1976), cap. 1.
- (9) Cf. K. O. Apel *Analytical Philosophy of Language and the Geisteswissenschaften* (New York: Reidel, 1967).
- (10) Kuhn ha aceptado esto. Véase T. S. Kuhn, *The Essential Tension* (Chicago: University of Chicago Press, 1977).
- (11) Clifford Geertz, «Blurred genres: the refiguration of social thought», *American Scholar*, vol. 49, 1980.
- (12) *Central Problems in Social Theory*.
- (13) «Funcionalism: après la lutte».
- (14) Winch, *The Idea of a Social Science*, pp. 111 ss.
- (15) *Studies in Social and Political Theory*, pp. 179 ss.
- (16) Para una de las más claras proposiciones sobre esta posición, véase C. W. Lachenmeyer, *The Language of Sociology* (New York: Columbia University Press, 1971).
- (17) *Central Problems in Social Theory*.
- (18) *Ibid*, cap. 1.
- (19) Cf. «Action, structure and power», en este volumen.
- (20) «Funcionalism: après la lutte».
- (21) Hans-Georg Gadamer, *Truth and Method* (London: Sheed & Ward, 1975).
- (22) Winch, *The Idea of a Social Science*, p. 71.
- (23) Cf. Herbert Feigl, «The origin and spirit of logical positivism» en Peter Achinstein y Stephen F. Baker (ed.), *The Legacy of Logical Positivism* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1969).
- (24) Alfred Schütz, «Common-sense and scientific interpretation of human action», en *Collected Papers*, vol. 1 (The Hague: Mouton, 1967), p. 37.
- (25) Winch, *The Idea of a Social Science*, p. 89.
- (26) Mary Hesse, *The Structure of Scientific Inference* (London: Macmillan, 1974); Roy Bhaskar, *A realist Theory of Science* (Leeds: Leeds Books, 1975).
- (27) *Central Problems in Social Theory*, cap. 7.
- (28) Véase la «autocrítica» de Habermas en Jürgen Habermas, «Introduction: some difficulties in the attempt to link theory and practice», en *Theory and Practice* (London: Heinemann, 1974).

(*) Correspondiente al capítulo 1 de PROFILES AND CRITIQUES IN SOCIAL THEORY, University of California Press, 1982. Traducción de José Fernando García. Circulación interna, prohibida su reproducción.